

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 546.

MADRID 24 DE JULIO DE 1844.

Segunda serie

RIENZI,

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Adriano seguía así á su casa á la hermosa Irene, enamorándola con buen éxito en ese idioma brillante y florido, propio de su época y de la galantería meridional; idioma que en todos los tiempos y en todos los países pudiera servir para que la poesía de una pasión juvenil expresara toda su rica extravagancia, si el corazón se atreviese á hablar al corazón. Procuraba el joven tomar el camino menos directo; artificio de que no se apercibió Irene, ó hizo que no lo advertía. Ya se hallaban cerca de la calle en que vivía Rienzi, cuando descubrieron multitud de hombres con hachas en sus manos. Era el obispo con su comitiva, quienes venían del palacio de Martino di Porto, encaminándose después con Rienzi á la morada de Adriano. Aunque no habían visto al primero de estos dos nobles, supieron por boca de sus criados el fin de la aventura y el nombre del paladin de Irene. A pesar de la galantería proverbial del joven, harto conocía Rienzi la nobleza de su carácter para que temiese por la seguridad de su hermana. Mas en esta misma certidumbre residía el peligro. Nunca se halla una joven espuesta á amar con mayores riesgos, que cuando su amante domina en obsequio del amor sus propios deseos.



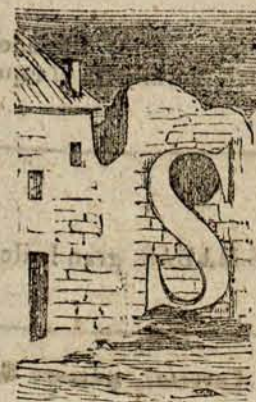
Irene estrechada contra el pecho de su hermano le pedía diese gracias á su libertador; y Rienzi con esa atractiva franqueza, que tan bien les cuadra á los hombres habitualmente reservados, y de cuya posesión no debe prescindir ninguno que aspire á ejercer dominio sobre el corazón de sus semejantes, se adelantó hácia el joven Colonna, expresándole su gratitud y su alta aprobación por el desenlace de aquella aventura.

—Hace tiempo que vivimos separados: es preciso que nuestra intimidad se renueve, repuso Adriano, puedes estar seguro de que no tardaré mucho en visitarte.

Volviendo después el rostro hácia donde se encontraba Irene, para despedirse de ella, llevó su mano á los labios. Le engañaría su corazón, si al estrecharla imaginó que los delicados dedos de la joven correspondían suave é involuntariamente á tan dulce presión por mas que procurase desprenderse de los suyos?

CAPITULO VII.

Sobre el amor y los amantes.



Si al adoptar Shakespeare el antiguo cuento amoroso de Romeo y Julieta, hubiese trasladado la escena á un país menos meridional, dudo mucho que todo el arte de tan gran maestro hubiese logrado hacer verosímil la vehemencia y el desarrollo súbito de la pasión de Julieta. Y aun bajo la forma que esta historia tiene, hay pocos entre nuestros isleños razonadores y circunspectos á quienes no les parezca exagerado, si de buena fé se lo consultan, el novelesco ardor de los amantes de Verona. Sin embargo es un hecho, que nada tiene en Italia de violenta la pintura de un afecto nacido en el espacio de una noche, y fuerte como la muerte, pues ejemplos análogos se encuentran en gran número y á cada paso. Según los

climas y las diversas edades se modifica el amor con variedad prodigiosa. En nuestros días bajo el cielo de Italia es susceptible una joven de humilde clase de tanto fuego amoroso como Julieta, y mas de un galán de aldea rivalizaría en locura con Romeo. Sobre esta tierra favorecida por los vivificantes rayos del sol; sobre esta tierra de la cual escribo, morando en su centro, no conocen los amantes prolijas pretensiones, y quizá en ninguna parte del mundo nacen en mas número esos amores á la primera vista, de que los franceses se rien y los ingleses dudan; y aun puede añadirse que en ninguna parte del mundo se conserva con mas fidelidad un amor con tal rapidez concebido. La impresión que en la imaginación produce madura en el instante y adquiere la forma de pasión, mas siempre le acompaña el sentimiento en sus progresos y le comunica un aroma conservador que le preserva de la corrupción. Esta es mi excusa y la de mis jóvenes amantes. Si el amor de Adriano parece demasiado pronto, y el de Irene harto novelesco, cúlpele á la atmósfera, al sol, á las costumbres de sus ascendientes y al suave contagio del ejemplo.

(Continuará.)

LAS DOS HERMANAS.

Dispénsame, añadió el diablo, conozco que divago en vanas disertaciones; pero ¿que quieres? tengo la cabeza tan llena de novelas modernas, dramas de la época, memorias, y revelaciones, sin contar la nueva especie de tortura moral que se acaba de insertar titulada *Historia de los Salones de Paris*, que creo que voy á perder el juicio. Afortunadamente mi cerebro es bastante fuerte.

Hace 50 años poco mas ó menos que vivía lejos de Paris, lejos de Versailles un honrado caballero dotado de una razón sólida y de un valor poco común. Prueba de la solidez de su razón, que había conocido que la aristocracia francesa para no perecer tan rápidamente debía defenderse en vez de entregarse á los placeres; prueba de su valor, que se había atrevido á resistir á la doble falacia de la filosofía y del pueblo. En medio del delirio increíble á que todos los de su clase vivían sumidos, el anciano conde de Fayl-Billot (este era su nombre) vivía solo con sus tristes presentimientos. Había perdido su hijo único en la batalla de Fertenoy y daba gracias al cielo, porque sabía á lo que su nombre había concluido para siempre, y por este lado estaba sin inquietud. Muerto su hijo le quedaban dos hijas aun Luisa y Leonor, las que aunque muy semejantes una á otra en la parte física, eran enteramente contrarias en la moral; Luisa era un ángel, Leonor un demonio; la una era tan pura, que ni aun en sueños había tenido un mal pensamiento; la otra á los quince años ya estaba pervertida. Las dos eran hermosas.... Pero soy bien necio en cansarme en hacerte descripciones como un historiador vulgar. Míralas y es mas sencillo.

Vi efectivamente, siempre con la ayuda de la mano transparente del diablo, en un delicioso jardín al estilo antiguo á dos jóvenes sumamente parecidas entre sí y casi de una misma edad, diez y seis años apenas. Reconoci á Luisa sin embargo en la calma y tranquilidad de su bella figura, en la blancura transparente de su tez y en la brillantez de sus ojos azules como el cielo; y á Leonor en la viveza de sus miradas, en la afectación y petulancia de su porte y en la impaciente agitación que en toda ella se advertía. La revolución que minaba sordamente á la Francia, había penetrado hasta en los rincones mas ocultos de esta nación; no la había detenido ni las puertas de los templos, ni la clausura de los conventos; fermentaba ya en los corazones mas sencillos y en las almas mas candidas. Mas de una joven se levantaba entonces por la noche para leer á la luz de una lámpara infernal *la Doncella de Voltaire* y *la Religiosa de Diderot*; en todas las conciencias jóvenes ó viejas mugía un ruido sordo, frenético é implacable contra las instituciones vigentes. Nunca había podido comprender cómo la rebeldía de un hecho contra un pensamiento, de lo presente contra lo pasado, de la filosofía contra la ley había llegado á obtener un asenso general, hasta el momento en que vi la figura de Leonor; tampoco había comprendido nunca la belleza humana en toda su perfección, la gracia en toda su inocencia, la virtud en toda su serenidad, como hasta el instante en que percibí la dulce imagen de Luisa.

—¿Entiendes, me dijo el diablo, entiendes ahora lo que yo te quería decir?

—Si, le contesté; no hay mas que ver á las dos hermanas para conocer que Luisa es la joven flor que se abre dulcemente al soplo de sus diez y seis abrisles, mientras que Leonor es otra flor sacudida violentamente por la agitación de todas las pasiones.

—Hé ahí una metáfora bien arrogante, repuso el diablo, y que á pesar de eso no vale gran cosa. No han sido mis intenciones demostrarte una metáfora, he querido probarte que mi historia era verdadera aunque bien rara. La veracidad de mi historia se manifiesta en los rostros de las dos hermanas! y ¿qué felices serían vuestros novelistas si pudieran ellos ver de ese modo con los ojos de su entendimiento las figuras de sus heroínas! No se verían obligados á hacernos descripciones tan largas, tan minuciosas y tan oscuras; sin duda que entonces verían algo mas claro en su imaginación.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Nuestro corresponsal de la Habana nos da las noticias siguientes:
GRAN TEATRO DE TACON.

La Escuela de las Coquetas, comedia en tres actos.

Cortos seremos hoy al tratar sobre el mérito de la linda comedia «La Escuela

de las Coquetas» pero en pocas palabras haremos todo el elogio que tan completamente se merece, porque reúne en sí la mayor parte de las cualidades necesarias para que sea perfecta una obra dramática: animación, verdad, chiste, escenas interesantes y un fin bastante moral, porque encierra una severa lección á las damas que confiadas en sí mismas juegan con el corazón del hombre que aman, y aun del que les es completamente indiferente.

La hermosa Duquesa del Puerto ama y es amada del general Bernard, pero descansando en el valor de sus gracias, le impacienta, le exaspera y casi le pone en el caso de hacer un disparate. El general tiene un amigo que le quiere de veras, y compadecido de su estado, proyecta sacarle de él, y pasa á visitar á la hermosa duquesa, á quien ruega con brusca franqueza se case de una vez con el general y cese de hacerle penar. La coqueta se burla todavía; su seguridad en el poder de sus gracias se redobla, y antes que condescender á la súplica del buen don Valentin, prefiere admitir la guerra á muerte ó á vida que este la propone, bien agena de quedar vencida en ella, porque, al fin, después de sufrir los dolores que habia causado anteriormente; entrega regocijada su mano al que poseía su corazón, al hombre que creyó perdido para siempre.

La representación ha sido perfecta por la señora Corcuera y los señores Fabre y Gonzalez, sobre cuyos personajes recae todo el peso de la comedia. La señora Corcuera ha sido la dama de buen tono, la verdadera coqueta en los dos primeros actos, y en el tercero la mujer sensible, que siente palpitar de amor su corazón, y que lamenta afligida su conducta anterior; ha tenido momentos inmejorables, ha conseguido aplausos estrepitosos y jutos. Si en algunas escenas hubieras esforzado un tanto la voz, nada podría tacharla el crítico mas exigente. Desde la aparición en nuestra escena de la señora Corcuera la auguramos muchos triunfos, y la pronósticos se van cumpliendo, en lo que sentimos una verdadera satisfacción.

El señor Fabre ha representado al general Bernard con perfecta dignidad, con verdad y con decoro; cada noche que aparece en escena agrada mas y mas, y el público premia en él al actor inteligente, fino y elegante, que comprende su papel y le desempeña con toda intención. A tan apreciable joven le advertiremos tambien que si en algunos momentos esforzase mas la voz, obtendría mas completo éxito, porque desde el centro de las lunetas y las altas localidades no se le oye muy bien.

ELENCO

que expresa el personal que compone la compañía dramática española.

Autor y representante de la empresa, don Antonio Rosal.
Compositor dramático, don Antonio García Gutierrez.
Primer actor y director de escena, don Manuel Argente.

ACTRICES.

Doña Carmen Corcuera, primera dama.
Doña Rafaela Espinosa.
Doña Josefa García.
Doña Manuela Tapia, característica y matrona.
Doña Cándida Latorre.
Doña Josefa Gallardo.
Doña Antonia Arroyo.
Doña Vicenta Clariana.
Doña María de la Paz Dorado.
Doña María García.
Doña Emilia Arroyo.
Doña María Arroyo.
Doña Felipa Perez.

ACTORES.

D. Manuel Argente, primer galan y director.
D. Manuel Fabre y D. Pedro Iglesias, primeros galanes á disposicion de la empresa.
D. Manuel Guia, primer barba.
D. Francisco Cavarrubias y D. Vicente Gonzalez, primeros graciosos.
D. Victor Valencia, para cantar y desempeñar papeles de carácter jocoso.
D. Joaquin Capilla.
D. Donato Estrella.
D. José Contreras.
D. Felix Fernandez.
D. Joaquin Ruiz.
D. Andres Montañes.
D. José Arroyo.
D. Pelayo Azcona.

CUERPO DE BAILE.

Doña Marieta Goze, primera bailarina.
Doña María Arroyo, segunda idem.
Doña Antonia Arroyo.
D. Francisco Piatoli, primer bailarín y director.
D. José María Llorente.
D. José Arroyo.
D. Juan Real.
D. Manuel Casanovas.

APUNTADORES.

D. José Ascarza, y D. Pedro Poveda, primeros.
D. Eduardo Feijas, segundo.

MAQUINISTAS.

D. Antonio Meucci, primero en su ramo.
D. Joaquin Ruiz.



VARIEDADES.

QUEVEDO.

Edición de lujo con grabados por los mejores artistas españoles.
Los señores suscritores podrán pasar á recoger la entrega 17 del tomo 3.º, cuaderno 69, que se repartió el 19 del corriente.
Puntos de suscripcion, los anunciados en las cubiertas, y en esta redaccion y establecimiento de grabado de don Vicente Castelló, Cuesta de Santo Domingo, número 8.

ESPANTOSA AGONIA.

Un hecho horrible acaba de tener lugar en Riom (Francia), cuyo simple relato aterroriza. Hé aquí cómo lo describen en una carta:

«Esta mañana á las siete el cadalso estaba levantado en una de las plazas de esta ciudad. Pedro Lescure, condenado antes por la *Conr d'assises* del Cantal, y después de la anulacion, por el de Puy-de-Dôme, á la pena de muerte, debía en este momento ser conducido al suplicio. La última apelacion se desechó el día 13 de julio. Este hombre, de una fuerza hercúlea, habia sido anteriormente acusado de parricidio, pero no se habia seguido ninguna condena. Mas tarde la justicia le pidió cuenta del asesinato de un tío suyo.

Desde las seis el sacerdote de las prisiones se habia presentado á Lescure para prepararlo á recibir á los tres verdugos de Riom, de Saint Flour y de Monlins. El desgraciado manifestó resignacion y se puso sin resistencia á las órdenes de los hombres que debían conducirlo al suplicio. Media hora se necesitó para atarle; porque el temor que inspiraba su fuerza atlética hizo que se le pusiera fuertemente en los pies una cadena de seguridad. Se procuró ayudarle á andar, pero aunque muy ahitado, se adelantó con paso firme y subió al tablado, donde su alta estatura dominaba á la del sacerdote y los verdugos.

Parece que no se le aseguró bastante á la máquina. Su cabeza traspasaba la argolla de manera, que al caer el cuchillo dió en la madera y no hizo sino herir el cuello del paciente. El verdugo de Sain-Flour se vió obligado á ponerse delante del aparejo y montar á caballo, por decirlo así, sobre la cabeza, en tanto que su colega de Riom, volvía á poner en la muesca la cuchilla enrojecida con la sangre.

Los movimientos de la víctima le arrancaron de las manos de los verdugos. Se levantó exhalando gritos horrorosos que helaban de horror al inmenso número de sus espectadores. Sus ojos centellantes, su semblante enrojecido, su pecho, sus espaldas, sus hombros cubiertos de sangre; el sacerdote aproximándose al desgraciado, abrazándole, presentándole la imagen de Jesucristo, y los verdugos haciendo esfuerzos terribles, pero inútiles, para volverlo á sujetar, todo ello formaba una escena espantosa. La multitud conmovida de piedad, trasportada por el furor, respondía á los gritos de Lescure, con gritos no menos terribles.

Pero el sacerdote, cuya sobrepelliz estaba cubierta de sangre, obtuvo al fin por sus exhortaciones, que Lescure se dejase atar á la máquina.

Aunque mejor asegurado que la vez anterior, volvió á moverse y la cuchilla no hizo mas que prolongar la herida. Los ahullidos de Lescure fueron mas horrosos aun, los de la multitud mas siniestros; el pueblo en tropel se precipitó sobre el cadalso; la tropa veía el momento en que seria imposible contener la exasperacion. Los tres verdugos, sobrecogidos, no sabiendo que hacer, estaban como petrificados.... Y siempre el joven sacerdote prodigaba sus oraciones de consuelo al paciente, á quien abrazaba.

Por último, uno de los verdugos, después de vacilar por algunos momentos, se decidió á sujetar la cabeza del reo debajo del cuchillo, en tanto que caía por la tercera vez; el sacrificio horrible se terminó.

Es imposible dar una idea del horror que tan asombrosa escena ha producido en la ciudad de Riom. La consternacion se ha apoderado del público. Se asegura que el procurador general ha propuesto la destitucion de los verdugos.



TEATROS.

DE LA CRUZ.

Hoy no hay funcion.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche; El drama nuevo, en tres actos, titulado: LA ABADIA DE PENMARCH. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: EL LAGO DE LAS HADAS, gran baile fantástico en dos actos.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 2.